

pleno y ancho vuelo de constante evolución». Si así fuera, este «litoral» habría adquirido mayor divulgación, y el poeta se le habría considerado como un valor continental o universal. Y desgraciadamente no ha sido así.

Antonio Massis es joven. Principia, en realidad, a componer en imágenes fáciles sus poemas. Posee facilidad, hay emoción, y sutileza para captar sentimientos y bosquejar la naturaleza. Muchos elementos de que se sirve, ya han sido usados y repetidos, a tal extremo de ser considerados inútiles ripios. Sin embargo no le desconocemos calidad interior al poeta, médula y conocimiento. Pero esto no basta. Más de alguien le ha sugerido depuración, selección y autocrítica. Esperamos que gracias a su sensibilidad, entregue un nuevo «litoral» de mayor riqueza artística.—FRANCISCO SANTANA.



<https://doi.org/10.29393/At190-13BSAS10013>

LAS BATALLAS SOLITARIAS. por *Hernán Cañas*

En la heroicidad de un silencio, cuajado y bendito de pequeños coros celestes, Hernán Cañas ha esperado el instante más puro para mostrarnos la suma de alegres estrellas de sus «batallas solitarias», en el día de hélices joviales de su frente:

«Quiero ver navíos cruzar por mis venas
con velas del porte de las azucenas».

Ahora, él es el héroe de todos los rostros que sólo atesoran los espejos de la mentira, el soldado que cuenta sus experiencias sobre la superficie de un gran sueño. Hernán Cañas llega salpicado por la sangre de las fábulas que andan, como esmeraldas dadivosas, aras de los ojos; llega y es,—singular varón de guerra—, hombre que besa las rosas, sonrío y habla como una bandera sana y clara:

«Y el vino será hermano de los lirios
encima de la mesa».

La poesía de Hernán Cañas es de juventud, de brazos desnudos a manera de surtidores de oro en la vibración trágica del mundo; impresiona como una guitarra fresca, enloquecida de auroras; y tonifica como un cántaro de miel:

«Pongo el oído fino:
Llega del sur el tren del viento,
¡Qué maravillas te ha traído!
Un quitasol de tamarindos,
Una bandeja de jacintos
Y un arcoiris para el dedo».

Evocan sus poemas esa gracia ardorosa de Julio Barrenechea, la elasticidad mental de los «runrunistas», pero es más dominante de forma que éstos y menos numeroso de horizonte que el poeta de «Espejo del Sueño».

Dentro de su ámbito de campana risueña se destaca un hermoso poema de materias dramáticas: «Caballos de duelo», poema que es un bajorrelieve gris, perdurable y singular: la ausencia del «joven degollado» quema los labios y la pareja obscura cruzará, noche a noche, por la última calle de nuestro corazón:

«Potro doliente. Yegua sombría,
Pareja de ojos desolados.
Para que trepe la melancolía
La luna les pone su montura clara».

Hernán Cañas, jugando a equivocarse los planetas, se encuentra con España en las sienas amargas de García Lorca fusilado: entonces pone su mano diáfana al servicio del Hombre;

y exalta la flor santa de la patria, cuando Chile escribe en su grandeza y lo conquista para las trincheras de su porvenir: en el prólogo y en «Poesía de la casa nueva» este amor crepita y se abre como una espléndida rosa de sangre.

Decíamos, al comienzo, que «Hernán Cañas ha esperado el instante más puro para mostrarnos la suma de alegres estrellas de sus «batallas solitarias», y es cierto: durante Navidad nació su libro, en cuyo título está la verdad de la poesía: combates que únicamente los poetas aman, sufren, comprenden y guardan hasta más allá de su postrera agonía...

Hernán Cañas, que iluminara lejanas revistas universitarias, («Mástil», «Llamas»), con la hoja de platino de sus poemas, está frente a nosotros, enseñándonos que hasta en las lágrimas es posible descubrir una luciérnaga, el sonido de una voz que canta.—ANDRÉS SABELLA.



DIVISIÓN ÁUREA, por *Modesto Collados*

Las matemáticas han permitido a este poeta, que recién alza su estandarte interior, una ponderable limpieza idiomática. Es importante empezar por marcar este acierto, ya que en todo libro de infancia poética, el yerro más agudo es el del lenguaje torcido. Modesto Collados prueba que las palabras le han abierto sus pulpas, desde las de su prólogo, que contiene líneas de substanciosas resonancias.

Las prosas que ha insertado en «División Aurea» exhiben elegancia, contrastando con los versos, donde no siempre el resultado es meritorio: se nota que el poema todavía no se vacía en sus manos. Es en el soneto, que exige mente organizada, que Modesto Collados alcanza sus mejores instantes: